

Lectura Espiritual

¡Y si no hay palabras! ¿Qué?

Isaac Daniel Velásquez, sj

La vida no ve de pausas, no hay “tabula rasa” para afrontar los desafíos cotidianos. Y, en esa necesidad por abrazar el pasado para asumir el hoy de nuestras vidas, no se está exento de esa búsqueda insaciable por hallar palabras que nos permitan encontrar seguridad, sentido y esperanza sobre lo que hacemos y sentimos.

Son tiempos que parecen condicionar, y exigir, tener una palabra para todo lo del ayer y lo de nuestro presente. La preocupación por no encontrar las palabras adecuadas dejó de ser únicamente para lo referente a lo académico o laboral y se va adueñando de otras dimensiones de la vida como la de la fe.

En ese sentido, hace poco un joven que ha participado en varias experiencias de voluntariado y ha compartido con varios jesuitas me decía, con humor, que nosotros, los jesuitas, tenemos la misma respuesta cuando no encontramos palabras para explicar una situación. Tal afirmación me cuestionaba sobre lo difícil que se ha hecho hoy decir: no tengo, ni encuentro, palabras.

¡Y si no hay palabras!, ¿qué? ... la amistad, la vida compartida, los días de silencios fecundos y otros tantos de palabras prestadas serán lo que llenen de sentido las ráfagas de sinsentido que suelen colarse en lo cotidiano. Y es que, citando a Benedetti, “en la calle codo a codo somos mucho más que dos”. Son y serán muchas las historias que nos hablen de Dios siendo el sustento para cada día.

Aquella invitación ignaciana de hablar con Jesús “como un amigo habla con otro amigo” [EE 54] viene bien para esos días en los que se siente no tener mucho o nada que contar. Pues, a fin de cuentas, la última palabra no es nuestra y más que nunca cobra sentido aquello pronunciado en la Eucaristía de “una palabra tuya bastará para sanarme.”

Tomado de <https://pastoralsj.org/y-si-no-hay-palabras->

IV Domingo Tiempo Ordinario / Ciclo A

[Sofonías 2,3;3,12-13; Salmo 145: Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos; 1Cor 1,26-31; Mateo 5, 1-12]

¡Ven Espíritu Santo!

“Bienaventuranzas de Jesús”

Hoy el Evangelio nos presenta las Bienaventuranzas (Mt 5, 1-12). Imaginemos por un momento que Jesús no está dando una clase difícil, sino que está mostrándonos una fotografía de su propio corazón. Él es el primer bienaventurado, el primero en vivir la humildad y la confianza plena en el Padre. Cuando Jesús dice: «*Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos*», nos está pidiendo que reconozcamos que sin Dios no somos nada, pero con Él lo tenemos todo. La humildad de corazón nos abre la puerta del cielo.

San Pablo nos recuerda hoy algo que nos devuelve la dignidad: «*Por obra de Dios, ustedes están injertados en Cristo Jesús, a quien Dios hizo nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación y nuestra redención*» (1 Cor 1,30). ¡Qué grandeza, hermanos! No somos importantes por lo que tenemos en el bolsillo, sino porque estamos unidos a Cristo.

El profeta Sofonías nos pide que busquemos la humildad (So 2,3). La arrogancia y la altivez nos separan de los demás y nos cierran el corazón, pero el cristiano bienaventurado vive la alegría de saberse agraciado, de saberse mirado con ternura por Dios y es humilde. Las bienaventuranzas nos hacen ver que podemos vivir la vida, aunque haya momentos de llanto, sufrimiento, hambre, injusticia, persecución o injuria unidos al Señor desde nuestro corazón bienaventurado, humilde, digno y sabio. Entonces, experimentaremos siempre esa profunda alegría que trasciende cada situación difícil y la hará vivencia de gracia y vida.

Preguntémonos al corazón: En medio de mis necesidades y preocupaciones, ¿busco mi seguridad en mis propios planes o descanso con confianza humilde en que el Señor es mi providencia?; ¿mi trato con los vecinos y mi familia nace de la soberbia de querer tener siempre la razón, o de la sencillez de quien se reconoce necesitado de la misericordia de Dios?

Recordamos que en Venezuela ha habido personas bienaventuradas. La Beata Madre Candelaria de San José, nacida en Altagracia de Orituco, Guárico, cuya fiesta es hoy, es una venezolana santa que con su testimonio nos invita a vivir con humildad y confianza plena en Dios, por más difíciles que sean las circunstancias. Venezuela es una tierra de gracia y de gente con corazón humilde.

Que vivamos con un corazón bienaventurado. Así sea.

Una idea:

Las bienaventuranzas son una fotografía del corazón de Jesús humilde.

Una imagen:

Jesús enseñándole a la multitud y todos escuchan sus palabras con admiración.

Un sentimiento:

Alegría al reconocer la elección especial que hace Dios por los humildes de corazón.

Javier Fuenmayor, sj